

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

SAN FRANCISCO DE ASÍS EN LA BASÍLICA

Es conocida la frecuencia con que Francisco de Asís visitaba la basílica del Príncipe de los Apóstoles cuando iba a Roma y las fuentes franciscanas la recuerdan más de una vez. Pero a nosotros nos interesa en cambio indicar cómo la basílica misma había hecho un lugar a Francisco ahora “Santo” y en qué condiciones. Un primer recuerdo litúrgico, poco conocido, está en la inserción del texto de la Misa *in honorem Sancti Francisci* en un antiguo sacramentario de la Basílica, datado generalmente al final del siglo XII. Bien, al final de este códice, después de la misa de los Difuntos y aquellas de los Esposos, hay una adición de una mano extraña, pero no muy posterior, con el texto de la Misa de Santo Domingo y



de San Francisco, el primero canonizado en 1231 y el otro en 1228 por el longevo papa Gregorio IX, antes Cardenal Hugolino, gran protector de las dos órdenes nacientes. No es imposible que por querer del mismo papa, muerto en 1246, fueran celebradas las dos memorias en la basílica.

Una presencia más sentida y más visible de San Francisco en la Basílica se da con el papa Sixto IV (1475-1483). El pontífice, proveniente de la Rama de los Conventuales de la Orden Franciscana, el 8 de diciembre de 1479 inauguró el magnífico Coro canonical, anexo a la antigua basílica, sobre el lado meridional (más o menos en el sitio de la actual) y lo dedicaba a la Inmaculada Concepción de las Virgen (de la cual era devoto), a San Francisco de Asís y a San Antonio de Padua, cuyas imágenes coloca en la ca-



junto a san Antonio con el semblante juvenil llevando la cándida azucena. También en el altar, además de las reliquias de los mártires, fueron colocadas las siguientes: «De la sangre que salió del costado de san Francisco estigmatizado; de cabellos, del cilicio, de la túnica y del sayal que llevaba cuando murió. Del cuero cabelludo de san Antonio de Padua». El culto de san Francisco tuvo así un significativo impulso que continuó en seguida.

De hecho cuando el Papa Gregorio XIII en 1578 rehace el altar del Coro para colocarlo sobre el grupo marmóreo de la *Pietà* de Miguel Ángel, lo reconsagró colocando allí las mismas reliquias. Así, la de la sangre de san Francisco fue puesta dentro de un maravilloso medallón de cristal del cual el Grimaldi nos ha dejado el diseño cuando dicho altar fue demolido en el 1609 para proceder a la construcción del nuevo Coro.

También el nuevo Coro perpetúa todavía la devoción mariana y franciscana. Basta admirar el grandioso mosaico, realizado en el 1740, para encontrar a la Virgen Inmaculada, coronada de estrellas. A sus pies están, arrodillados, a un lado los santos Francisco de Asís y Antonio de Padua y del otro san Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia, cuyas reliquias el papa Urbano VIII en el 1626 decide trasladar debajo de la mesa del altar, junto a la que ya existía y, en particular, junto a las de san Francisco y san Antonio. Todavía hoy dichas reliquias se encuentran dentro del altar.

La presencia de san Francisco en san Pedro está señalada más aún por dos maravillosas estatuas significativamente colocadas afuera y adentro de la basílica Vaticana. La primera, en mármol travertino, se levanta sobre

vidad del ábside. Vino el gran Perugino a pintar la Virgen con el Niño circundada por los ángeles y querubines, teniendo a la derecha a San Pedro en el acto de presentar al papa comitente Sixto IV de rodilla, junto a San Francisco y, a la izquierda, a San Pablo



la cumbre del columnado de la derecha y domina la escenográfica Plaza san Pedro. Se atribuye a Lazzaro Morelli (1609-1690), que la esculpió entre el 1667 y el 1668 durante el pontificado de Clemente IX.

La otra estatua, en mármol también, se encuentra en el nicho inferior del ábside, a la izquierda de la cual se ve la Cátedra de san Pedro. Dejamos la abrumada y larga cuestión del comitente, disputada entre los Hermanos Menores, los Conventuales y los Capuchinos. Los Menores, alrededor de la mitad de 1724, obtuvieron el permiso de realizar un modelo de la estatua y confiaron el trabajo al escultor Carlo Monaldi (1691-1727), probable discípulo de Camilo Rusconi. El artista romano presentó para el Jubileo del 1725 un modelo en estuco¹ de la estatua del Santo, vestido según el modo antiguo, según la concesión ya obtenida del papa Benedicto XIII, y

otro con el hábito de los Hermanos Menores. La estatua, inaugurada en el verano de 1727, representa al *Poverello* de Asís que sostiene con la mano derecha (en la que se notan bien los estigmas) una gran cruz de bronce dorado que contempla fijamente. Con la izquierda sostiene un libro, ayudado por un pequeño ángel, sobre el cual está el escrito: REGULA ET

¹ Masa de yeso blanco y agua de cola, con la cual se hacen y preparan muchos objetos que después se doran o pintan.

VIT(A)/ FF MIN(ORUM)/ F(RATER) FRANCISCUS PROMIT(T)IT OBE/DIENTIAM ET REVERENTIAM/ D(OMIN)O P.P. ET/ EC(C) LESIAE ROMANAE (con la regla y la vida de los Hermanos Menores el hermano Francisco promete obediencia y reverencia al Sumo Pontífice y a la Iglesia Romana). La estatua de san Francisco de Asís fue la segunda en



orden temporal en ser erigida en la basílica de san Pedro. Ella, injustamente, fue minusvalorada en el pasado por la tendencia neoclasicista del *Ottocento* y sólo en los años cuarenta del siglo pasado ha vuelto a alcanzar una laudable consideración.

Una vez más, se hace presente de nuevo de san Francisco en la capilla del Santísimo Sacramento y precisamente en el retablo del altar puesto a la derecha, representando *Los estigmas de San Francisco*.

Por tanto las palabras inscritas sobre el libro que san Francisco tiene en mano en la gran estatua de la basílica, pueden justificar la particular presencia del Santo en este templo: particular reverencia y obediencia al Sumo Pontífice y al a Iglesia Romana.

Traducción y adaptación por el Sem. Martín José Villagrán